

Septuagesima

1 Corintios 9:24–10:5

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire; sino que golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado. No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron el mar; que todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar, todos comieron el mismo alimento espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo. Pero de la mayoría de ellos no se agradó Dios, por lo cual quedaron tendidos en el desierto.”

1. Esta Epístola es parte de la larga instrucción que Pablo da a los corintios a través de cuatro capítulos (1 Corintios 8-11), y advierte a los cristianos arrogantes e insolentes que tengan cuidado, no sea que caigan, aunque ahora están parados. Cuenta una parábola, bastante aterradora, de los que corren en una carrera o que luchan por un premio, puesto que muchos corren pero no ganan el premio. Por eso, no basta correr; no debemos correr en vano. Así no es suficiente creer y correr en el camino de Cristo; debemos aferrarnos a la vida eterna, como también dice Cristo: “Pero el que persevera hasta el fin, este será salvo” (Mateo 24:13), y San Pablo: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

2. Este correr se impide en dos formas: primero, por la flojera, cuando no somos valientes en practicar nuestra fe sino estamos flojos en las buenas obras, por lo cual se impide nuestra carrera, de modo que no nos aferremos al premio. No creo que San Pablo esté hablando aquí de ese impedimento, porque no está hablando de los que son flojos en correr, sino de los que corren en vano y se equivocan en correr, tal como los que corren hacia una meta, pero luego se presenta una aparición ante sus ojos, de modo que pierden la meta, se desvían, y terminan con el cuello roto o algún otro horror. Por eso dice que porque corren, deben correr en tal forma que acojan el premio, y no lo pierdan.

Esta carrera se impide cuando alguien pone una meta falsa o mueve la meta verdadera, como dice: “Tengan cuidado que nadie mueve su meta” (Traducción propia de Lutero de Colosenses 2:18). Pero la vida floja, relajada, finalmente requerirá que se pierda la meta, porque cuando la gente se duerme, el enemigo siembra cizaña entre el trigo (Mat 13:25).

3. Quitar la meta es falsificar la palabra de Dios, predicar tus propias opiniones bajo la apariencia de la palabra divina. Esto sucede muy rápida y fácilmente cuando la gente no

se cuida para quedarse en la unidad del Espíritu, cuando cada uno sigue su propia cabeza y mente, no cede a nadie más, y se agrada de sus propias opiniones.

En donde no hay amor, tiene que suceder que los doctos y fuertes quieran ser vistos como algo especial y menosprecian a los débiles en la fe; allí el diablo tiene mucho espacio para sembrar cizaña. Por eso, San Pablo llama el amor “la unidad del Espíritu” y nos exhorta a tener cuidado para “mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3). Anuncia que vendrá el Anticristo “por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tesalonicenses 2:10).

“Todo aquel que lucha”

4. Si alguien corre en la carrera y lucha, pero luego sale en otros compromisos para su propia ventaja, no ganará mucho sino pronto lo pegarán, y perderá tanto la lucha y todo. Si está peleando, debe realmente no estar consciente de nada, sino solo de la lucha, Sin embargo, todavía necesita la gracia y la suerte para ganar, puesto que los que abandonan todas las cosas y corren todavía no obtienen todos el premio.

Así aquí en la lucha cristiana es tanto más necesario dejar todo y ocuparse solo en la lucha. Todo el que busca su propia gloria y ventaja, y quisiera obtener alabanza de la palabra de Dios y el Espíritu, y quiere ser visto como algo por los demás, como hace la multitud y las sectas, ¿qué ganarán? Están completamente envueltos en la gloria y la ventaja temporal, atados de manos y pies, completamente cautivos. Su correr es como el de uno que sueña que corre, cuando todavía está acostado en su cama, un cautivo flojo.

“Así que yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire”

5. San Pablo aquí nos da a él mismo como un ejemplo y muestra cómo sucede que personas pierden la meta, a saber, cuando la gente abandona el amor; busca su propia voluntad, la gloria temporal y la ventaja en la palabra de Dios; y no ejercen su fe en el verdadero amor. Así ciertamente hay cristianos falsos y flojos en la carrera, que sin embargo parecen ser fuertes y rápidos bajo la pretensión de la palabra y los caminos de Dios, porque se tornan para aplicar todo a su propia alabanza y ventaja. No ven, sin embargo, que esto es solo un correr sin meta y golpes perdidos. Nunca atacan correctamente; nunca pegan completamente en su objeto. Deben matar y sofocar su ambición y egoísmo, y someterse a servir a sus prójimos. Puesto que no lo hacen, sino en lugar de eso hacen otras cosas, su ambición y egoísmo solo se fortalecen, aunque juran mil veces que están buscando la gloria de Dios, no la suya propia; la ventaja del prójimo, no la de ellos mismos.

San Pablo también habla de los que, como ciegos, palpan con las manos y olvidan el perdón de sus pecados anteriores, porque no confirman su vocación con buenas obras. Por tanto sucede, como dice San Pablo aquí, que corren hacia lo que es incierto y boxean el aire. Sus corazones son inestables y sin meta ante Dios, y son arbitrarios e “inconstante[s] en todos sus caminos.” (Santiago 1:8). Así como están sin meta e

inestables en el corazón, también se hacen inestables externamente en las obras y doctrinas. Emprenden ahora eso, después aquello, pero no pueden tener descanso ni quedarse sin herejía. Por tanto, sigue que no darán en la meta, o ellos mismos moverán la meta, y tendrán que abandonar el camino verdadero y común.

“sino que golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre.”

6. A saber, como dijo antes: “Todo aquel que lucha, de todo se abstiene” (1 Corintios 9:25). Por “domar el cuerpo” no quiere decir solo sofocar los deseos carnales, sino toda cosa temporal en que tenemos deseos corporales: el favor, la propiedad, etc. El que liberta a esto y no lo doma predicará en tal forma que él mismo se condena, aunque predique correctamente. Ahora, sin embargo, no predicán correctamente, especialmente acerca del honor temporal. Por tanto, con estas palabras San Pablo aplica una picada fina a los predicadores y cristianos ambiciosos y egoístas, de modo que no solo correrían en vano y lucharían sin propósito, sino también que se condenarían como los que solo tienen la semejanza y apariencia de una vida cristiana.

“No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube”

7. San Pablo cita un ejemplo espeluznante de la Escritura para probar que los que corren no reciben todos el premio. El pueblo de Israel, que sumaba seiscientos mil hombres, todos caminaban en los caminos de Dios en su palabra y fe tan poderosamente que todos estaban bajo la nube divina y milagrosamente pasaron por el mar. Sin embargo, entre tantos que caminaban en ese tiempo, solo dos echaron mano al premio, Josué y Caleb, que fueron los únicos de esa gran multitud que entraron en la tierra prometida.

Después de esta Epístola, San Pablo explica que “Todas estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros... Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga.” (1 Corintios 10:11–12). El orgullo, la arrogancia y la obstinación deben disminuir, de modo que nadie desprecie a otro ni busque honor ni ventaja sobre todos en la palabra de Dios. Más bien, cada uno debe ser igual al otro y soportar al otro, los fuertes con los débiles, etc., como estos cuatro capítulos enseñan y amonestan.

8. ¿Cuántos hombres distinguidos, grandes y excelentes había entre los seiscientos mil, a quienes ni nos acercaríamos? Entre ellos estaban los doce príncipes de las doce tribus, especialmente el príncipe Naasón, que estaba en el santo linaje de Cristo (Mateo 1:14). Asimismo, los setenta ancianos entre quienes se dividía el espíritu de Moisés, especialmente Eldad y Medad (Números 11:24-29), y todos los otros personajes grandes, excepto por Coré y su secta. Todos corrieron, todos habían hecho y sufrido mucho, habían visto los muchos milagros de Dios, habían ayudado en erigir un hermoso tabernáculo y culto y estaban llenos de buenas obras. Sin embargo, todos se desviaron y tuvieron que morir en el desierto. ¿Qué espíritu es tan grande y orgulloso que tal ejemplo del juicio milagroso divino no debe quebrantar y humillarlo? Está bien dicho: “el que piensa estar firme, mire que no caiga”.

9. Este ejemplo es fácil entenderlo; ¡Dios conceda que prestemos atención! También debemos mirar el texto del apóstol y las palabras que habla acerca del bautismo y el comer espiritual entre los cristianos. Así nos hace iguales a los padres, como si ellos también tuvieran el bautismo y el sacramento.

Aquí debemos saber, primero, como se ha dicho muchas veces, que Dios desde el comienzo guió, redimió y salvó a sus santos en dos maneras, a saber, por medio de su Palabra corporal y señales externas. Adán fue guiado, redimido y salvado por las palabras de que la Simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente (Génesis 3:15), a saber, que Cristo vendría y conquistaría la muerte, el pecado y el diablo para nosotros. A estas palabras agregó la señal de que el sacrificio sería encendido con fuego desde el cielo, como con Abel (Génesis 4) y en otros lugares en la Escritura. Hasta Noé y Abraham, estas palabras fueron el evangelio para Adán, en el cual creyeron todos los santos hasta Abraham y fueron redimidos de sus pecados, así como nosotros somos redimidos por las palabras del evangelio que creemos. El fuego del cielo fue una señal para ellos, así como el bautismo para nosotros lo es para la palabra de Dios.

10. Dio tales palabras y señales en muchas formas en muchos tiempos, hasta el final, que Cristo dio en su propia persona, a saber, el evangelio y el bautismo entre todos los gentiles. Así dio a Noé una palabra de que quedaría vivo durante el diluvio, y dio una señal en el barco y arca que construyó; y Noé, por su fe en esa palabra y señal, fue justificado y preservado, junto con su familia. Asimismo, después le dio otra palabra, y como señal, el arcoíris. También después dio a Abraham una palabra y la circuncisión como una señal, de modo que la circuncisión fue su bautismo. Para Noé, el diluvio y el arca fueron su bautismo. Por otro lado, el bautismo es nuestra circuncisión y nuestro arca y diluvio, como también San Pedro explica (1 Pedro 3:21-21). En todas partes debemos creer la palabra y la señal de Dios, y por la fe ser salvos del pecado y la muerte.

11. Así los hijos de Israel tuvieron la palabra de Dios de que entrarían en la tierra prometida. Además de esa palabra, tenían muchas señales, especialmente las que San Pablo indica aquí: el mar y la nube, el maná y el agua de la roca, que fueron su bautismo, dice, así como el bautismo ahora se podría llamar nuestro mar y nube. En todas partes hay una fe y un Espíritu, aunque hay diferentes palabras y señales. Las señales y palabras ciertamente se dan de tiempo en tiempo en diferentes formas, pero queda una fe en uno y el mismo Dios, que da la misma fe y Espíritu. Por medio de esto, obra en todos los santos el perdón de los pecados, la redención de la muerte y la salvación, si están en el comienzo, el tiempo medio o el fin del mundo.

12. Esto es lo que San Pablo quiere decir aquí cuando dice que los padres comieron el mismo alimento y tomaron la misma bebida como nosotros, pero agrega la palabrita “espiritual”. Externa y corporalmente tuvieron diferentes señales y palabras que nosotros, pero el mismo Espíritu y la misma fe en Cristo que nosotros tenemos. El comer espiritual y el beber espiritual no son otra cosa sino creer las palabras y señales de Dios, como Cristo también dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece

en mí y yo en él” (Juan 6:56). Asimismo: “porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida” (Juan 6:55), es decir: “el que cree en mí... vivirá.” (Juan 11:25).

“bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo.”

13. Es decir, creían en el mismo Cristo en que nosotros creemos, aunque todavía no había venido en la carne sino vendría después. La señal para su fe fue la roca física, de la cual tomaron agua físicamente, así como en el pan y vino físico en el altar comemos y bebemos al verdadero Cristo espiritualmente; es decir, en comer y beber externamente ejercitamos nuestra fe internamente. Si no habrían tenido la palabra de Dios en fe cuando bebían agua de la roca, no les habría beneficiado nada para sus almas. Así no nos aprovecharía nada si tomáramos pan y vino del altar sin fe. De hecho, si la palabra de Dios no habría estado primero con la roca, la roca nunca habría dado agua ni ninguna razón por creer. Si la palabra de Dios no estuviera allí con el pan y el vino, no serían alimento espiritual ni ejercitarían nuestra fe.

14. Por tanto, hay una clase de comida y bebida espiritual en dondequiera Dios pone sus palabras y señales, sin importar cuán externas o físicas sean. Si me mandara levantar una sola paja, inmediatamente habría alimento y bebida espiritual en esa paja, no debido a la paja, sino debido a la palabra y la señal de la verdad y la presencia divina. Por otro lado, si la palabra y la señal de Dios no estuvieran allí o no se reconocieran, entonces no ayudaría, aunque Dios mismo estuviera allí. Cristo dice de sí mismo: “la carne para nada aprovecha” (Juan 6:63), porque no prestan atención a las palabras que él hablaba acerca de su carne, las palabras que hacen que su cuerpo sea verdadera comida, como dice que él es “el pan vivo que descendió del cielo” (Juan 6:51). Así no debemos prestar tanta atención a las obras, señales y milagros de Dios, algo que hace la ciega razón, como a las palabras de Dios en ellas, como lo hace la fe.

15. Solo considera la roca y dice: “bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo”. De esta manera explica y refiere a Cristo todas las figuras y señales que sucedieron al pueblo de Israel por la palabra de Dios, porque en donde está la palabra de Dios, allí está Cristo, y todas las palabras y promesas de Dios se refieren a Cristo. Él mismo refiere la serpiente de Moisés a sí mismo (Juan 3:14) y dice que la gente bien podría decir que los israelitas miraban la misma serpiente que nosotros vemos. Vieron la serpiente espiritual que seguía, la serpiente que fue Cristo en la cruz; a saber, su ver fue creer la palabra de Dios conectada con la serpiente, así como su beber espiritual fue creer la palabra de Dios conectada con la roca. Si la palabra de Dios no habría estado allí, la serpiente no les habría ayudado, aunque solo tuvieran serpientes de bronce y lo miraran para siempre. La roca no les habría ayudado, aunque hubieran hecho polvo todas las rocas y las hubieran chupado, si la palabra de Dios no habría estado allí.

16. Así, con su ejemplo de la roca, San Pablo nos da una regla común por la cual también podemos decir acerca del maná: Comieron el mismo maná que nosotros comemos, pero comían del maná espiritual que los seguía, que fue Cristo; es decir, su comer fue creer la palabra de Dios acerca del maná, que ellos comieron físicamente. Si

esta palabra no habría estado presente, habría sido solo una comida física, sin ningún beneficio para el alma, y no habría ejercitado su fe, como dice Cristo: “De cierto, de cierto os digo: Moisés no os dio el pan del cielo, pero mi Padre os da el verdadero pan del cielo, Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres, que comieron el maná y murieron; el que come este pan vivirá eternamente.” (Juan 6:32,58). Moisés mismo dice: “te sustentó con maná... para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre” (Deuteronomio 8:3), como si dijera: “No debes considerar solo la obra por la cual llenas tu estómago con el maná físico sino mucho más las palabras por las cuales promete y te da el maná, porque por esas palabras vives eternamente en la fe”.

17. Así también podemos decir del mar y la nube: Caminaban bajo la misma nube bajo la cual caminamos, pero caminaban bajo la nube espiritual que les seguía, que fue Cristo; es decir, su caminar fue creer la palabra de Dios que tenían en sus corazones acerca de seguir la nube externa, física. Sin esa palabra no podrían haber creído ni seguido la nube; de hecho, sin esa palabra, la nube nunca habría estado allí. Por eso esta nube también se llamaba “la gloria de Jehová”, que se había prometido que estaría allí, etc.

Así vemos cómo en todas estas cosas debemos tener presente la palabra de Dios a que se apega la fe. Sin esa palabra, tampoco hay señales y obras de Dios, o si están allí y se miran solo con los ojos aparte de la palabra, solo hacen que la gente abra la boca con asombro temporal como a cualquier cosa nueva, pero no benefician para nada el alma y no promueven la fe.

18. Algunos explican las palabras “que los seguía” con el significado de que la roca espiritual caminaba con los hijos de Israel, estuvo con ellos, y permanecía como su compañero, como si debería decir que la roca les acompañaba más bien que los seguía, como si Cristo estuviera espiritualmente presente en la palabra y la fe. El texto griego se supone que da ese significado. Por mi parte, he traducido *consecuente petra*, que vino después. No vale discutir sobre eso; cada uno puede sostener lo que quiere; las dos cosas son ciertas. Pero me quedaré con lo que dije, que toda la historia y las palabras de Dios desde tiempos antiguos señalan al Cristo futuro que sigue, en quien todos tenían que creer. Abraham miraba tras él al carnero atrapado en los arbustos, lo tomó, y lo sacrificó (Génesis 22:13); es decir, creía en Cristo que vendría después y sería sacrificado.

19. Hay quienes aplican las palabras “Esa roca era Cristo” a la roca física y explican: “la roca significa a Cristo”, porque Cristo no es una piedra física, y aquí la palabra “es” significa lo mismo como “significa”. Luego aplican eso además a otras palabras de Cristo, cuando dice del Sacramento: “Tomad, comed; esto es mi cuerpo” (1 Corintios 11:24), como si debería haber dicho: “El pan significa mi cuerpo pero no es mi cuerpo”. De esa manera quieren negar que el pan sea el cuerpo de Cristo. Asimismo, citan las palabras: “Yo soy la vid verdadera” (Juan 15:1), es decir, “soy significado por la vid”. Cúidense contra los que con impudencia ponen la Escritura cabizbajo.

San Pablo aquí con palabras claras distingue entre rocas físicas y espirituales, diciendo: “bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo”. No dice que Cristo fue la roca física sino la roca espiritual, porque la roca física no fue espiritual y no les seguía ni viajaba con ellos.

20. Por tanto, no necesitamos aquí sus explicaciones y distorsiones; más bien, las palabras son verdaderas como rezan y se deben entender de la realidad y no de significar. Así también no habla de la vida física sino de la vida espiritual (Juan 15:1). ¿Cómo tendría sentido decir: “Soy significado por una vida espiritual”? Se tiene que decir de la realidad y así leerlo: “Yo soy, verdaderamente, una vida verdadera espiritual”.

Asimismo, “Mi carne es verdadera comida” (Juan 6:55). Eso no quiere decir: “Me carne significa, o es significado por, comida verdadera”, sino se dice de comida espiritual: “Mi carne es verdadera y realmente comida, no para el estómago físicamente, sino para el alma espiritualmente”. Así no deben dejar que les quiten las palabras “el pan es mi cuerpo” y se pongan cabizbajo; su cuerpo no es significado por el pan, como ellos alegan, sino así como las palabras rezan: “el pan es realmente y en forma presente mi cuerpo”. Es un error tergiversar la palabra de Dios con tu propia invención, más bien debes probar con palabras obvias que “ser” significa lo mismo como “significar”. Aunque esto se pudiera probar en algunos pasajes, todavía no sería suficiente, sino también se tendría que probar claramente que se debe y tiene que tomarlo así en este pasaje. Eso nunca lo harán. Si no pueden hacerlo, deben someterse a la palabra de Dios a apegarse a ella tal como reza.

21. Así como Cristo es significado por toda clase de señales e historias en el Antiguo Testamento, aquí es significado por la roca. Primero, debemos ver que la roca física estaba en el desierto lejos de la gente, completamente sola y desolada, a que ningún ser humano presta atención. Así Cristo es una cosa completamente sin atracción ante el mundo, a quien nadie presta atención, en quien nadie toma interés, que tampoco fue preparado por ninguna labor humana.

22. Asimismo, que el agua debe fluir de la roca es contrario a la naturaleza; es puramente milagroso. El agua es el Espíritu viviente de Dios que vendría del Cristo crucificado, muerto y condenado, así como la vida se crea de la muerte, y esto sucede por el poder de Dios. Su muerte es nuestra vida, y si queremos vivir, debemos morir con él.

23. Cuando por el mandato de Dios Moisés golpea la roca con su vara y señala la roca, ese es el oficio de la predicación que predica de Cristo por mandato de Dios y así saca al Espíritu por las palabras de la boca del predicador. Dios no quiere dar el Espíritu a nadie sin la palabra y el oficio de la predicación, que él instituyó y manda a predicar solo de Cristo. Si Moisés no hubiera pegado la roca con su vara por el mandato de Dios, nada de agua jamás hubiera fluido de ella. Ese es el bastón o vara de la boca, de que Isaías dice: “Herirá la tierra con la vara de su boca y con el espíritu de sus labios matará al impío” (Isaías 11:4). “Cetro de justicia es el cetro de tu reino” (Salmo 45:6).